

—¡Ludivina!

La cocinera asomó la cabeza por una ventana.

—Trae una botella de vino.

Bebieron, para *mojar* el negocio concluído, y el mozo partió mucho más ligero que había venido.

No dijeron nada de esto á Julián. Preparóse en secreto el contrato, y, una vez publicadas las amonestaciones, la boda se celebró un lunes por la mañana.

Como prenda cierta de fortuna, una vecina llevó á la iglesia el muñeco, marchando detrás de los recién casados. Y nadie se asombró de esto en el pueblo; muchos envidiaban á Deseado Lecoq. Había nacido peinado, decían con sonrisa maliciosa, en que no había nada de indignación.

Julián dió un escándalo, que abrevió la estancia de sus suegros en los *Pueblos*. Juana los vió partir sin gran tristeza. Pablo era ya para ella una fuente inagotable de felicidad.

## IX

Sintiéndose Juana completamente restablecida de su parto, resolvieron marido y mujer ir á devolver su visita á los Fourville y presentarse también en casa del marqués de Coutelier.

Julián acababa de comprar un nuevo coche, un faetón que sólo exigía un caballo, con objeto de poder salir dos veces al mes.

Engacháronle un día claro de Diciembre, y después de dos horas de camino á través de las llanuras normandas, empezó á descender en un vallecillo, cuyo suelo estaba en cultivo, y cuyos lados aparecían cubiertos de enramada.

Después de las tierras sembradas vinieron los prados, después un pantano lleno de grandes cañas, secas á la sazón, y cuyos largos tallos se movían agitados por el viento.

De pronto, después de un brusco recodo

apareció el castillo de la Vrilette, que hundía todos sus muros en un gran estanque, limitado al frente por un bosque de altos abetos que trepaban á la otra vertiente del valle.

Tuvieron que pasar por un antiguo puente levadizo, y franquear una vasta portada, estilo Luis XIII, para entrar en el patio de honor, ante una elegante mansión de la misma época, con cuadros de ladrillo, flanqueada por torrecillas coronadas de pizarra.

Julián explicaba á Juana todas las partes del castillo, como íntimo de él, y que le conocía á fondo. Hacía los honores, extasiándose ante su belleza.

—¡Mira esta portada! Es grandioso un castillo así, ¿verdad! Toda la otra fachada está en el estanque; tiene una escalinata que baja hasta el agua, y al pie de ella hay amarradas cuatro lanchas, dos para el conde y otras dos para la condesa. Allí abajo, á la derecha, donde se ve aquella barrera de manzanos, termina el estanque y empieza el río, que llega hasta Fécamp. Todo esto está lleno de salvagina. Al conde le gusta cazar aquí. Es una verdadera residencia señorial.

Por la puerta de entrada, que se había abierto, salió la pálida condesa, que venía al encuentro de sus visitantes, vestida con un traje de cola, como una castellana antigua. Parecía la hermosa dama del Lago, nacida para aquella mansión condal.

El salón tenía ocho ventanas, cuatro de las cuales daban al estanque y al sombrío bosque de pinos que, enfrente, remontaba la costa. El ramaje, de tonos negros, hacía profundo, severo y lúgubre aquel estanque, y cuando soplaba el viento, los gemidos de los árboles parecían la voz del pantano.

La condesa estrechó las dos manos de Juana, como si viera en ella una amiga de la infancia; la hizo sentar, y ella á su vez se sentó en una silla baja, mientras Julián, cuyas antiguas elegancias renacían desde cinco meses antes, hablaba, sonreía dulce y familiarmente.

La condesa y él hablaron de sus paseos á caballo. Ella se reía un poco de su manera de montar, llamándole «el caballero Vacila,» y él, riéndose también, la bautizaba con el nombre de «la reina Amazona.» Un tiro que sonó bajo las ventanas hizo que Juana exhalase un débil

grito. Era el conde, que mataba una cercela.

Llamóle al punto su mujer. Se oyó ruido de remos, el choque de una barca contra la piedra, y apareció con botas altas, seguido de dos perros, empapados, rojizos como él, y que se acostaron sobre la alfombra, delante de la puerta.

En su casa parecía estar más á sus anchas y encantado de ver á los visitantes. Hizo que pusieran leña en la chimenea, que trajesen vino de Madera y bizcochos, y de pronto exclamó:

—¡Os quedaréis á comer con nosotros! Está dicho.

Juana, que no dejaba de pensar en su hijo, rehusaba; el conde insistió, y como la joven se obstinase en su negativa, Julián hizo un brusco gesto de impaciencia. Entonces temió ella despetar su carácter malo y reñidor, y aunque atormentada por la idea de no ver á su hijo hasta el otro día, aceptó.

La tarde fué encantadora. Primero visitaron las fuentes, que corrían al pie de una roca cubierta de musgo; luego dieron una vuelta en barca á través de verdaderos caminos

abiertos en una selva de cañas secas. El conde, sentado entre sus dos perros, que olfateaban el viento, remaba; y cada sacudida de sus remos levantaba la barcaza, inclinándola hacia adelante. De cuando en cuando Juana dejaba empapar su mano en el agua fría, y gozaba con la helada frescura, que la recorría desde la punta de los dedos al corazón. A proa, Julián y la condesa envuelta en sus chales, sonreían con esa sonrisa continua de las personas que son dichosas y á quienes su dicha no deja nada que decir.

La tarde caía con largos estremecimientos, soplos del Norte, que pasaban por entre los marchitos juncos. El sol se había hundido detrás de los abetos; y solo mirar el cielo rojo, cruzado por raras nubecillas, color escarlata, daba frío.

Entraron en el vasto salón, en donde ardía un fuego gigantesco. Desde la puerta se experimentaba una sensación de calor y placer que regocijaba el ánimo. Entonces el conde, transformado, cogió á su esposa entre sus brazos de atleta, y levantándola como á un niño hasta la altura de sus labios, estampó en sus dos mejillas un par de sonoros besos.

Y Juana, que se sonreía, miraba á aquel gigante que parecía un ogro, con aquellos bigotazos, y pensaba:

—¡Cómo nos engañamos diariamente al juzgar á los demás!

Involuntariamente volvió la vista hacia Julián, y le vió en pie, junto al quicio de la puerta, horriblemente pálido y con los ojos fijos en el conde. Aproximóse á él, inquieta, y le preguntó en voz baja:

—¿Estás malo? ¿Qué tienes?

Con voz colérica la contestó:

—Nada, déjame en paz. Me ha dado frío.

Cuando pasaron al comedor, el conde pidió permiso para que entrasen sus perros, los cuales fueron al punto á situarse á espaldas y á derecha é izquierda de su amo. Este les daba á cada momento algún bocado, y acariciaba sus largas orejas sedosas. Los animales alargaban la cabeza, tendían la cola y se estremecían de contento.

Después de comer, cuando Juana y Julián se disponían ya á retirarse, M. de Fourville les detuvo para que viera una pesca con linterna.

Les condujo en unión de la condesa, á la es-

calinata que bajaba hasta el estanque, y subió en su barca, llevando un esparavel y una antorcha encendida. La noche era clara; el cielo estaba sembrado de estrellas.

La antorcha reflejaba en el agua surcos de fuego extraños y movibles; lanzaba fulgores que bailaban sobre las cañas: iluminando la gran barrera de los abetos. De pronto, habiendo girado la barca, una sombra de hombre colosal, fantástica, se alzó sobre aquella parte iluminada del bosque. La cabeza sobresalía de los árboles, se perdía en el cielo; los pies se hundían en el estanque. Luego, el ser desmedido abrió los brazos como si fuese á coger las estrellas. Sus brazos inmensos se enderezaron bruscamente, luego cayeron, y oyóse á poco rumor ligero de agua fustigada.

Virando entonces poco á poco la barca, pareció como que el prodigioso fantasma corría á lo largo del bosque que iluminaba, girando también, la luz; luego se hundió en el horizonte sin fin; más tarde volvió á presentarse, más pequeño, pero más determinado, con sus extraños movimientos sobre la fachada del castillo.

Y la voz gruesa del conde gritó:

—¡Gilberta, traigo ocho!

Los remos golpearon el agua. Ahora la enorme sombra permanecía de pie, inmóvil sobre la pared, pero disminuyendo poco á poco de cuerpo y amplitud; su cabeza bajaba, al parecer; su cuerpo se adelgazaba; y cuando M. de Fourville subió los peldaños de la escalinata, siempre seguido de su criado que llevaba la antorcha, la sombra habíase reducido á las proporciones de su persona y repetía sus gestos. Llevaba en la red ocho peces que coleaban todavía.

Cuando Juana y Julián estuvieron en el camino, envueltos en capas y mantas que les habían prestado, Juana dijo, casi sin darse cuenta de ello:

—¡Qué buen hombre es ese gigantón!

Y Julián, que guiaba, contestó:

—Sí, pero no siempre guarda las formas delante de la gente.

Ocho días después fueron á casa de los Coutelier, que pasaban por ser la familia más noble de la provincia. Su dominio de Reminil lindaba con la gran aldea de Cany. El nuevo castillo, edificado en tiempo de Luis XIV, estaba oculto en un parque magnífico, rodeado de

altos muros. En una altura veíanse las ruinas del castillo viejo. Unos lacayos de librea hicieron entrar á los visitantes en una gran habitación imponente. En el centro, una especie de columna soportaba una inmensa copa de Sèvres, y en el pedestal una carta autógrafa del Rey, resguardada por una placa de cristal, invitaba al marqués Leopoldo-Hervé-José-Germer de Varneville, de Rollebose de Coutelier, á recibir este don del soberano.

Juana y Julián examinaban este presente real cuando entraron los marqueses. Ella venía empolvada, esforzándose por ser amable, amanejada por el deseo de parecer condescendiente. Él, grueso, de cabellos blancos, peinados hacia arriba, ponía en sus gestos, en su voz, en toda su actitud, una altivez que denunciaba su importancia.

Eran personas etiqueteras, cuyo espíritu, cuyos sentimientos y cuyas palabras aparecen siempre en zancos.

Hablaban solos, sin esperar la contestación, sonriéndose con aire indiferente, como si constantemente estuvieran cumpliendo la misión que su nacimiento les imponía, de recibir con

amabilidad á los nobles de las cercanías.

Juana y Julián cohibidos, se esforzaban por agradar, temerosos de prolongar la visita más de lo debido, pero sin saber cómo retirarse; la marquesa terminó por sí misma la visita, natural, sencillamente, cortando la conversación, como una Reina que despide con toda cortesía.

Al salir, dijo Julián:

—Si te parece, aquí escasearemos nuestras visitas. A mí, con los Fourville me basta.

Y Juana fué de su opinión.

Diciembre, ese mes negro, pasaba lentamente. La vida en la casa volvía á empezar como el año pasado. Juana, sin embargo, no se aburría ya, preocupada constantemente con Pablo, á quien Julián miraba de reojo con mirada inquieta y recelosa.

Muchas veces, cuando le tenía en sus brazos, acariciándole con esa ternura desenfadada que tienen las madres hacia sus hijos, la joven se lo presentaba á Julián, diciéndole:

—¡Pero bésale, hombre! ¡Cualquiera diría que no le quieres!

Él entonces, con aire de disgusto, rozaba con los labios la frente glacial del niño, describiendo

do con todo su cuerpo un círculo, como si temiera tropezar sus manitas crispadas de la criatura que se movían, y al punto se retiraba bruscamente, como si algo le repugnase y le expulsase de allí.

De cuando en cuando el alcalde, el médico y el cura comían con ellos; y también los Fourville, con los cuales intimaban cada vez más.

El conde parecía adorar á Pablo. Teníale sobre sus rodillas mientras duraban sus visitas, y aun durante tardes enteras. Manejábale con delicadeza entre sus gruesas manos de coloso, haciéndole cosquillas en las narices con la punta de sus largos bigotes; luego le besaba con transportes apasionados, como hacen las madres con sus hijos. Pesábale mucho que su matrimonio fuese estéril.

Marzo fué seco y apacible. La condesa Gilberta volvió á hablar de paseos á caballo, que darían los cuatro. Juana, algo cansada de las largas tardes, de las largas noches, de los largos días, todos iguales y monótonos, aceptó sus proyectos con satisfacción, y durante una semana se ocupó en confeccionarse su amazona.

Luego empezaron las excursiones: marcha-

ban siempre por parejas; la condesa y Julián delante, el conde y Juana cien pasos atrás. Estos hablaban familiarmente, como dos amigos, porque habían llegado á serlo por el contacto de sus almas rectas, de sus corazones sencillos; aquéllos hablaban bajo á menudo, reíanse á veces con grandes carcajadas, mirábanse de pronto, como si sus ojos tuvieran que decirse cosas que sus labios no pronunciaban, y á lo mejor salían bruscamente al galope, impulsados por un deseo de huir, de ir más allá, muy lejos.

Gilberta reñía al parecer; su voz viva, traída por el viento, llegaba á veces hasta los dos jinetes que marchaban detrás. Entonces el conde se sonreía y decía á Juana:

—No siempre se levanta de buen talante mi mujer.

Una tarde, al volver, como la condesa excitase á su yegua, picándola, y conteniéndola al momento con bruscas sacudidas, oyóse la voz de Julián, que repetía:

—Tened cuidado, tened cuidado; os va á arrastrar.

Ella contestó:

—Tanto peor; eso no es cuenta vuestra.

Y lo dijo con un tono de voz tan claro y tan duro, que las palabras secas sonaron en el campo como si quedaran suspendidas en el aire.

El animal se encabritaba, relinchaba, babeaba. Con toda la fuerza de sus pulmones, el conde, inquieto, gritó:

—¡Ten cuidado, Gilberta!

Y como si quisiera desafiarle, en una de esas exasperaciones de mujer que nada detiene, la condesa golpeó brutalmente con su látigo entre las dos orejas del animal, que se enderezó furioso, azotó el aire con sus patas delanteras, y al caer se lanzó en un salto formidable, devorando la llanura con todo el vigor de sus corvejones. Franqueó primero un llano, y luego, precipitándose á través de los labrados, levantaba en polvo la tierra húmeda, y corría de tal modo, que apenas se distinguían la montura ni la amazona.

Julián, estupefacto, permanecía como clavado en su sitio, gritando con desesperación:

—¡Señoral! ¡Señoral!

Pero el conde exhaló algo así como un gruñido, é inclinándose sobre la silla de su pesado caballo, lanzóle hacia adelante con un movimiento de todo su cuerpo, y con tal aire, ex-

citándole, arrastrándole, enloqueciéndole con la voz, el gesto y las espuelas, que el enorme jinete parecía llevar al pesado animal entre sus muslos, y levantarlo, como si quisiera volar con él. Caminaban rectos con velocidad increíble, y Juana veía, allá abajo, las dos siluetas de la mujer y del marido, que huían, huían, disminuían, se borraban, desaparecían, como se ve á dos pájaros que se pierden y se desvanecen en el horizonte.

Julián se acercó, siempre al paso, murmurando con furia:

—¡Creo que hoy está loca!

Y los dos salieron detrás de sus amigos, ocultos á la sazón en un repliegue del camino.

Al cabo de un cuarto de hora los vieron que volvían, y pronto se reunieron los cuatro.

El conde, colorado, sudando, riéndose, cantando, triunfante, traía sujeto por su irresistible mano el caballo trémulo de su mujer; ella venía pálida, con el rostro crispado, triste, y como si fuera á caer se sostenía, apoyada con una mano, en el hombro de su marido.

Aquel día comprendió Juana que el conde amaba con locura.

Durante el mes siguiente, la condesa estuvo alegre, como nunca lo había estado. Venía más á menudo al castillo, reía sin cesar, abrazaba á Juana con transportes de ternura. Hubiérase dicho que un misterioso arrebato había bajado á su existencia. Su marido, dichoso también, no apartaba de ella los ojos, y á cada momento trataba de tocar su mano, su vestido, en un transporte de pasión.

Una tarde decía á Juana:

—Ahora estamos de buenas. Nunca he visto á Gilberta tan amable como ahora. Ya no tiene mal humor, ni se encoleriza. Comprendo que me ama. Hasta ahora no estaba muy seguro de ello.

Julián también parecía cambiado; estaba más alegre, no tenía impacencias, como si la amistad de las dos familias hubiese traído la paz y la alegría á cada una de ellas.

La primavera fué singularmente precoz y cálida.

Desde las dulces mañanas hasta las tardes tibias y serenas, el sol hacía germinar toda la superficie de la tierra. Era aquella una brusca y poderosa eflorescencia de todos los gérmenes á



la vez, uno de esos irresistibles crecimientos de savia, una de esas ansias de renacer que la Naturaleza muestra á veces en algunos años privilegiados, y que nos harían creer en rejuvenecimientos del mundo.

Juana se sentía vagamente turbada por esta fermentación de vida. Tenía súbitas languideces ante una florecilla en la hierba, melancolías deliciosas, horas de soñadora molicie.

Luego sentíase invadida por tiernos recuerdos de los primeros tiempos de su amor; no es que en su corazón se renovase su afecto hacia Julián; aquello había acabado, acabado de una vez y para siempre; pero toda su carne, acariciada por las brisas, penetrada por los perfumes de la primavera, se turbaba, como agitada por algún invisible, algún tierno llamamiento.

Complacíala estar sola; abandonarse bajo el calor del sol, recorrida sin cesar por sensaciones, por goces vagos y tranquilos que no despertaban ideas.

Una mañana, durante su somnolencia, tuvo una visión, una visión rápida de aquel agujero lleno de sol en medio de los follajes sombríos en el bosquecillo de Etretat. Allí era donde, por

vez primera, había sentido que su cuerpo se estremecía junto al de aquel hombre á quien entonces amaba; allí era donde, por primera vez, había balbuceado el tímido deseo de su corazón; allí donde había creído tocar de pronto el radiante porvenir de sus esperanzas.

Y quiso ver de nuevo aquel bosque, hacer á él una especie de peregrinación sentimental y supersticiosa, como si una vuelta á aquellos sitios debiera cambiar algo en la marcha de su vida.

Julián había salido al amanecer, sin decir adónde. Hizo, pues, ensillar el caballejo blanco de los Martín que ahora montaba algunas veces, y partió.

Era uno de esos días tan tranquilos que nada se mueve en ninguna parte, ni una hierba, ni una hoja; todo parece eternamente inmóvil, como si el viento hubiera muerto. Diríase que hasta los insectos habían desaparecido.

Una calma ardiente descendía del sol, insensiblemente, en una polvareda de oro; y Juana caminaba al paso de su caballo, dichosa, tranquila. De cuando en cuando levantaba los ojos para mirar una nubecilla blanca, del tamaño de

un copo de algodón, algo de vapor suspendido, olvidado, que había quedado allá arriba, solo, en medio del cielo azul.

Bajó por el valle que va á perderse en el mar, entre esos grandes arcos de la costa que se llaman las puntas de Etretat, y lentamente ganó el bosque. A través de las hojas, aún cubiertas de escarcha, se filtraba la luz. Buscaba el sitio sin encontrarle, vagando por las estrechas sendas.

De pronto, al atravesar una larga avenida, vió dos caballos de silla atados á un árbol, y los reconoció al punto; eran los de Gilberta y de Julián. Empezaba á pesarle la soledad; aquel encuentro imprevisto la alegró, y puso al trote su montura.

Cuando llegó adonde estaban atados los dos animales, pacientemente, como hechos á estas largas esperas, llamó, pero nadie respondió á su llamamiento.

Un guante de mujer y los dos látigos yacían en tierra sobre el pisoteado césped. Es decir, que habían estado allí sentados, y que luego se habían alejado, dejando allí sus caballos.

Esperó un cuarto de hora, veinte minutos,

asombrada, sin comprender lo que podían hacer. Como había echado pie á tierra y no se movía, apoyada en el tronco de un árbol, dos pajarillos, sin verla, jugueteaban en la hierba, á su lado. Uno de ellos se movía, saltaba alrededor del otro, con las alas abiertas y vibrantes, piando y moviendo la cabeza: de repente se aparearon.

Sorprendióse Juana, como si hubiera ignorado lo que era aquello; luego se dijo:

—¡Ah! Es verdad. Estamos en primavera.

Luego se la ocurrió otro pensamiento, una sospecha. Miró otra vez el guante, los látigos, los dos caballos abandonados, y montó febrilmente en la silla, sintiendo irresistibles deseos de alejarse.

Ahora galopaba en dirección al castillo. Su cabeza bullía, razonaba, enlazando hechos, concordando circunstancias. ¿Cómo no había adivinado antes? ¿Cómo no había visto nada? ¿Cómo no había comprendido las ausencias de Julián, el renacimiento de su pasada elegancia, el amansamiento de su carácter? Recordaba también las brusquedades nerviosas de Gilberta, sus exageradas calinerías, y, desde hacía algún

tiempo, aquella especie de beatitud en que vivía y que, al parecer, hacía tan feliz al Conde.

Puso su caballo al paso, porque necesitaba reflexionar gravemente, y la marcha agitada desordenaba sus ideas.

Pasada la emoción primera, su corazón había recobrado la calma: no tenía celos, ni odios, sino solamente desprecio. Apenas pensaba en Julián; nada la podía asombrar en él; pero la doble traición de la Condesa, de su amiga, la sublevaba. ¡Es decir, que todo el mundo es pérfido, embustero, falso! Las lágrimas se agolpaban á sus ojos. A veces se llora tanto una ilusión como á un muerto.

Resolvióse, sin embargo, á aparentar que no sabía nada, á cerrar su alma á todo afecto, á no querer más que á Pablo y á sus padres, y á soportar con rostro tranquilo á los demás.

Volvió Julián á la hora de comer, encantador y sonriente, con pretensión de ser amable. La preguntó:

—¿Pero no vienen este año papá y maíta?

Tanto le agradeció ella esta galantería, que casi le perdonó el descubrimiento del bosque; é

invadiéndola de pronto un violento deseo de volver á ver en seguida á los dos seres á quienes más amaba, después de Pablo, pasó el día escribiéndoles para que apresuraran su venida.

La anunciaron para el 20 de Mayo. A la sazón era el 7 del mismo mes.

Los esperó con creciente impaciencia, como si, aparte de su afecto filial, hubiese experimentado una nueva necesidad de estrechar su corazón contra dos corazones honrados; de hablar, con toda sinceridad, á personas puras, sanas de toda infamia, cuya vida, cuyas acciones y cuyos pensamientos y deseos habían sido siempre rectos.

Lo que ahora sentía era una especie de aislamiento de su conciencia en medio de aquellas conciencias que desfallecían; y aunque hubiese aprendido en un momento á disimular, aunque acogiese á la Condesa con la mano extendida y el labio sonriente, sentía crecer en ella y envolverla esta sensación del vacío, de desprecio hacia los hombres; y cada día las ligeras noticias de la comarca arrojábanla al alma un asco más grande, un desprecio mas alto de las criaturas.

La hija de los Couillard acababa de tener un hijo, y el matrimonio iba á verificarse. La criada de los Martín, una huérfana, estaba embarazada; una vecinita de quince años, lo mismo; una viuda, una mendigá coja y avara, que por lo horrible de su suciedad se llamaba la Corteza, estaba en cinta también.

A cada momento se tenían noticia de un nuevo embarazo, ó de alguna picardía de una soltera, de una campesina casada y madre de familia, ó de algún rico ó respetado colono.

Aquella primavera ardiente parecía revolver la savia en los hombres como en las plantas.

Y Juana, cuyos sentidos apagados no se agitaban ya, cuyo corazón amortiguado, cuya alma sentimental parecían moverse sólo por soplos tibios y fecundos, que soñaba, exaltada sin deseos, apasionada por los sueños y muerta para las necesidades carnales, se asombraba, poseída de una repugnancia que llegaba á ser espantosa, ante esta sucia bestialidad.

El apareamiento de los seres la indignaba como una cosa contranatural; y si odiaba á Gilberta, no era porque la había robado su ma-

rido, sino por el hecho mismo de haber caído en este fango universal.

Esta no era, no, de la raza de los rústicos, en quienes dominan los bajos instintos. ¿Cómo había podido abandonarse de la misma manera que aquellos brutos?

El mismo día en que debían llegar sus padres, Julián reavivó sus repulsiones, contándola alegremente, como una cosa natural y chistosa, que el panadero, habiendo oído ruido en el horno la víspera, que no era día de cocción, creyó sorprender en él un gato y había encontrado á su mujer, «que no estaba haciendo pan en el horno.»

Y añadió:

—El panadero tapó la abertura, y por poco se ahogan allá adentro; el hijo pequeño de la panadera fué quien avisó á los vecinos, porque había visto entrar á su madre con el hornero.

Y Julián se reía repitiendo:

—Esos pillos nos dan á comer pan de boda. Es un verdadero cuento de Lafontaine.

Juana no se atrevía á tocar el pan.

Cuando la silla de posta se detuvo delante de la escalinata, y el rostro satisfecho del